

INÉS SAINZ
VÍCTOR BLÁZQUEZ
CON LA MISS
EN LOS TALONES



VERSATIL
romántica

Título: *Con la miss en los talones*
© Inés Sainz y Víctor Blázquez, autores.

Cubierta:
Diseño: Ediciones Versátil
© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.ª edición: noviembre 2018

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2018: Ediciones Versátil S.L.
Av. Diagonal, 601 planta 8
08028 Barcelona
www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

Prólogo de Juan Pozuelo: Érase una vez

Érase una vez una noche en un bar de su adorado Bilbao cuando volví a reencontrarme con Inés después de algunos años sin vernos. Pocos meses después, estábamos haciendo cosas juntos y debo decir que hay pocas personas que me produzcan esa mezcla endiablada de locura y calma al mismo tiempo. Es cierto que su ADN vasco hizo que la gastronomía fuera un vínculo poderoso y un motivo inigualable para establecer una relación donde hay tanta demencia voluntaria como la que se desborda en las páginas de este libro.

La tecnología hace que nuestra relación haya fluido más a través de los dispositivos electrónicos que alrededor de mesas o cocinas, así que, cuando en un mensaje de voz me pidió escribir un prólogo para un libro me quedé sorprendido, no porque dudara —imposible conociéndola— sino porque me pareció una idea tan genial que lo escribiese, que no supe si era yo la persona más adecuada para introducirlo. Esta duda se transformó con rapidez en una travesía inconsciencia y dio paso a disfrutar del halago de la solitud y del placer de compartir espacio. Y, sobre todo, dio paso al honor de servir de anfitrión de estas páginas.

Cuando conoces a Inés descubres que no hay nada con lo que no se atreva, y suple con un increíble ánimo cualquier falta de recurso. Esa actitud no es mala o buena por sí misma, pero, de repente, te ves embarcado en sus viajes y ese carrusel de emociones hace que uno mismo dude de todo

también. Y solo a partir de la duda nos vemos obligados a tomar decisiones y, como proyecta junto a Víctor a través de Mar Tillo, dan un poco igual las consecuencias cuando el riesgo de no hacerlo es perecer por inmovilidad.

Esa combinación de locura y tranquilidad hace que en Inés se mezclen con total claridad las personalidades de Mar y de Irene; tendréis que leer todo el libro para descubrir ese cóctel, pero estoy convencido de que nos os costará nada. Yo lo hice en horas y sin que desapareciera la sonrisa de mi cara, hasta el punto de descubrir detalles de ambas en ella. Puede ser Doña Perfecta y puede ser el desastre incontrolado e histérico de Mar, pero es más aún, puede serlo al mismo tiempo, además.

He disfrutado mucho leyendo el libro y lo volveré a disfrutar hojeándolo de nuevo físicamente, lo disfrutaré además alegrándome de que mi querida Inés haya seguido cumpliendo sueños, que lo seguirá haciendo con la certeza de que continúa interesada en estudiar todas las posibilidades de la vida.

Gracias siempre por las sonrisas, y hoy, por estas últimas.
Juan Pozuelo, chef.

Prólogo de Myriam Pintado: Recuerdos

Cuando alguien a quien quieres y admiras te pide que escribas sobre ella, y más concretamente sobre su trabajo, además de satisfacer tu ego enormemente pensando que tu opinión le importa, sientes una gran responsabilidad. Lo que te lleva a su vez a realizar un ejercicio de memoria, que te permita analizar qué te ha traído hasta aquí en tu relación con ella.

Inés representa para mí el ejemplo de una mujer hecha a sí misma que además ha sabido reinventarse. La conocí subiéndola a la cumbre de la popularidad tras ser elegida Miss España. Corría el año 1997, un momento donde el concurso tenía una gran aceptación por parte del público y los medios. Es decir, ganar significaba convertirte inmediatamente en el rostro del año. Si a esto le unes que Inés representaba a Bizkaia, era una *miss vasca*, dentro de una organización tan conservadora como la del concurso y en un momento en que, en España, el conflicto vasco estaba lejos de llegar a una salida. No se lo pusieron nada fácil. Y por ello tuvo un reinado complicado, porque quiso demostrar que representar a España no significaba en absoluto renunciar a su origen bilbaíno.

Siempre he pensado que Inés tiene una gran inteligencia emocional, que la ha ido llevando a tomar grandes decisiones en su vida. Por ejemplo, en un momento determinado tuvo que decidir, como tantas *misses*, hacia donde dirigir su carrera una vez destronada. Estaba la vía de los bolos, los

eventos, las portadas y vivir de la popularidad que arrastraba el título y los titulares que se derivaban de su vida; o empezar de nuevo, llevar su carrera hacia la comunicación y el *marketing* y crear, desde cero, una reputación en un ámbito en el que era una completa desconocida.

Con los años y la experiencia acumulada, emprende su propio negocio, una agencia de comunicación y *marketing*. Demostrando una vez más que nada es gratuito, sino fruto del esfuerzo y la perseverancia, que es lo que la ha traído hasta aquí.

Y un día me llama y me dice que ¡ha escrito un libro! Y como ya os decía, Inés, con esa gran inteligencia que la caracteriza, no lo ha hecho sola. Ha sabido encontrar el mejor compañero de viaje en esta aventura. Víctor es un escritor con una carrera bastante prolífica (teniendo en cuenta lo joven que es). Además, es un tipo de lo más versátil, lo mismo te escribe una saga de terror, que una novela histórica, o un cuento para niños. Y en esta ocasión, que es su última aventura literaria, vuelve a sorprendernos entrando por primera vez en el género romántico, con destreza y mucha calidad.

Y me leo el libro. Y leer el libro que ha escrito tu amiga es una gran responsabilidad, porque ella espera tu *feedback* y ha de ser sincero para que le sirva. Así que empiezo a leer. Mordiéndome las uñas porque quiero que me encante ¡claro! Y cuál es mi sorpresa que a partir de la primera página mi tensión ha desaparecido porque me he enganchado a una lectura que me apasiona y que hace que me lo esté pasando genial. Me gusta la historia, me encanta la construcción de los personajes y cómo ha ido introduciendo elementos inherentes a su vida para hacer el libro divertido, ameno y creíble.

Tenéis por delante una historia de superación, de encuentro con una misma, de miseria, de esfuerzo, de bajada a los infiernos, todo ello contado con la ironía suficiente para que nos haga pasar un buen rato.

Es una novela con un fondo muy feminista, nos muestra esa parte, que ahora está tan en boca de todos, del nivel de exigencia que tenemos las mujeres de nuestra generación, que muchas veces nosotras mismas no somos conscientes de ello, pero cuando nos ponemos a enumerar todo lo que tenemos a nuestras espaldas, nos damos cuenta de que es demasiado. Sobre todo si, además, como en el caso de la protagonista de nuestra historia, te tienes que comparar con ciertos estereotipos de perfección que todos los días se nos muestran a través de las redes sociales.

Inés y Víctor saben de lo que escriben y esta historia no va a dejar indiferente a nadie. Yo solo espero que sea la primera de muchas.

Miryam Pintado,
creadora de Dolores Promesas y
fundadora de Gallery Room

**PRIMERA PARTE: ÉRASE UNA VEZ, UNA NOCHE EN UN
BAR...**

Hay gente que bebe para ahogar sus penas. Cuando Mar tiró media copa encima del brazo a Hugo, lo primero que él pensó fue: «Vaya, esta mujer debe estar intentando sumergir el mismísimo Titanic».

La verdad es que ya se había fijado en ella antes. Le había llamado la atención la manera en que cogía la copa, casi como si quisiera romperla con la presión, o aún peor, como si estuviera buscando una víctima a la que estampársela en la cabeza. También le había parecido curiosa la manera de beber: ansiosa y desesperada. Además, era guapa, a su manera descuidada.

El *pub* estaba bastante lleno y todo el mundo iba en parejas o grupos; era necesario hablar bastante alto para que el que tenías al lado pudiera oírte. Se respiraba buen rollo, alegría etílica y diversión. En contraposición, allí estaba ella, en la barra, con la misma expresión que el pitufo gruñón, una mujer morena de pelo revuelto, pantalones vaqueros y zapatillas New Balance.

La vio, le llamó la atención y se olvidó de su existencia cuando uno de los compañeros de trabajo con los que había salido a tomar unas copas le dio conversación.

Luego, puede que media hora más tarde, Hugo se acercó a la barra a pedir una cerveza al mismo tiempo que Mar intentaba coger una postura más cómoda en el taburete sobre el que estaba sentada, con tan mal tino que resbaló y derramó la mitad de su copa sobre el brazo de Hugo.

—Ostras, lo siento —murmuró. Arrastraba una pizca las palabras y tenía los párpados un poco caídos. Hugo no supo decir si estaba mirando a través de él y observando al-

gún espectáculo de luces y sombras situado más allá, en otra galaxia.

—No pasa nada.

—No pasa nada de nada —repitió ella al tiempo que volvía a sentarse y apoyaba un codo en la barra con gesto aburrido—. Pero que nada. De. Nada.

—Veo que te lo estás pasando de miedo, ¿eh?

La mujer levantó la vista y ahora sí pareció verle por primera vez.

—¿Esto? Esto es un descanso. De miedo es el resto de mi vida.

—Guau, eso es empezar una conversación por la puerta grande.

—¿Estamos empezando una conversación? —Levantó una ceja para dar a entender que ella no pensaba lo mismo.

—Bueno —dijo él—, creo que la definición de conversar es precisamente esta, si nos ponemos estrictos.

Mar echó un vistazo a su espalda, al resto del *pub*. Estaba decorado con colores chillones y adornos relacionados con la fotografía: carretes, negativos, focos y similares. Todo el mundo bailaba, reía y conversaba en ese barullo incomprendible de música y voces. Cuando ella había llegado apenas había una docena de personas y ahora el sitio estaba a rebosar.

—¿Puedo preguntarte por qué estás aquí sola?

—¿No eres un poco entrometido?

—O puede que me merezca alguna respuesta, ya que me has tirado eso por encima... ¿qué bebes? —Hugo se olisqueó el brazo tratando de adivinarlo—. ¿*Gin-tonic*?

—Premio para el caballero —murmuró ella mientras corroboraba el acierto con un movimiento afirmativo—. Arriba, abajo, al centro y *padentro*. —Siguió el recorrido que mar-

caban sus palabras con la copa y, al intentar beber, se golpeó los dientes y derramó un poco en sus pantalones. A ese paso, más de la mitad del *gin-tonic* iba a acabar fuera de su cuerpo—. Mierda, me he manchado.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿No es evidente?

—Es evidente que estás bebiendo.

—Esto es un bar, no hacerlo sería más extraño.

—Hay dos formas de beber —aseguró él—. Como ellos...

—Y señaló a un grupo de adolescentes que hacían gestos mientras hablaban, uno de ellos parecía muy emocionado con la canción que estaba sonando y se movía simulando que tocaba una guitarra imaginaria—. O como estás haciéndolo tú. La pregunta es por qué.

—No quieres saberlo, te lo aseguro. Mi vida es un coñazo y te aburrirías enseguida. Estoy segura de que puedes encontrar a otra chica que vaya a darte mejor conversación y que esté más interesada en esto.

—¿Y quién me asegura que la vida de todas ellas no es también un coñazo?

—Nadie, pero, en mi caso, te aseguro que no quieres oír mis penas. ¿No has venido con nadie?

—Con unos compañeros de trabajo —admitió él, y se encogió de hombros como si no fuera relevante—. Se valen por sí mismos. Cada vez que me dices que no, tengo más curiosidad por escucharte. —Extendió la mano hacia ella—. Me llamo Hugo.

Ella le miró la mano como si fuera la de un alienígena.

—Yo soy Mar. —Y le estrechó la mano.

—Encantado, Mar. Entonces, ¿tenemos un trato? ¿Me vas a contar qué estás haciendo aquí?

Ella parpadeó, confusa, como si la simple idea de que alguien pudiera querer escuchar lo que ella tuviera que decir le resultara fuera de lugar.

—Tú sabrás cómo quieres perder el tiempo.

Hugo se frotó las manos con el entusiasmo de un niño que ve por primera vez una tarta de chucherías. Tenía una sonrisa bonita y parecía francamente interesado.

—Vamos. Estoy preparado.

Mar se lo pensó un momento. No había ido allí para hablar; de hecho, no estaba segura de que le apeteciera hacerlo. Sin embargo, como siempre ocurre en estos casos, sobre todo cuando al otro lado se encuentra un oyente pre-dispuesto y voluntarioso, Mar abrió la boca y por ella surgió un torrente de palabras que ni siquiera sabía que llevaba dentro.

1. No me da la vida

No me da la vida.

Ya sé que hay mucha gente que dice lo mismo, qué le vamos a hacer. Nadie sabe lo que supone ser madre soltera hasta que tiene que serlo. Y yo, ahora que lo sufro a diario, estoy convencida de que alguien debería hacernos una estatua, dedicarnos una calle —Calle de las Madres Solteras— o yo que sé, canonizarnos en grupo. ¿Hoy que se celebra? El Día de las Madres Solteras. Lo que habría que ver es quién nos trae un regalo en nuestro día. Hay que pulir los flecos.

¿Tú sabes lo que es tener el reloj pegado al culo desde el momento en que te levantas y no tener margen de error ni de unos segundos? No, claro, tú qué vas a saber si tienes, ¿cuántos?, ¿veinte años?

¿Veintisiete? Guau, pues te conservas bastante bien. O yo estoy demasiado borracha, no estoy segura de cuál de las dos opciones elegir.

¿Qué te estaba diciendo? Ah, sí. Llevo dos años sin conseguir salir de casa como Dios manda. El día que me da tiempo a lavarme la cara y quitarme las legañas, llevo un lamparón en la camisa o una salpicadura de café en la falda. Me enorgullezco de mí misma los días que consigo peinarme. La mayor parte de los días hago lo que puedo en forma de coleta. Ya no sé ni qué es maquillarse; de sentirme guapa, ni hablamos, no tengo recuerdo de la última vez que me vi bien, me conformo con estar presentable, y la mayoría de

los días no consigo ni siquiera eso. Reconozco que me da un poco de miedo mirarme en el espejo, porque no sé lo que me voy a encontrar. Ha llegado un punto en que me visto por sorteo: yo meto la mano en el armario y lo primero que sale, que con suerte estará al menos doblado, porque de planchar tampoco hablamos. Conjuntar es un verbo que me resulta tan ajeno como la mitología azteca.

¡Y yo adoraba los sérums y las cremas! Las tenía de todo tipo, para todas las partes del cuerpo, en todos los tamaños, formas y colores. Ahora siguen ahí, una colección de reliquias sin uso ni disfrute en la balda del baño.

Es que encima hay que aguantar lo que la gente te diga. A la gente le gusta opinar de todo, ¿sabes? Deberías levantarte más temprano. Pues no, mira, igual deberías tú callarte la boca y darle consejitos a tu madre, guapa. Lo he intentado, que conste. Lo de levantarme más temprano, digo. Pero muero un poco cada vez que suena el despertador, nunca tengo la sensación de haber descansado lo suficiente, y cuando he intentado madrugar un poco más acabo convirtiéndome en uno de los personajes de *The walking dead*. Pero no de los buenos, de los otros, de los que se comen a la gente. Porque va de eso la serie, ¿no?

Hace tanto tiempo que no veo una serie... Me encantaban. Santi y yo solíamos acurrucarnos en el sofá y ver uno o dos capítulos todas las noches. Era nuestro momento. Ahora, cuando la tele está encendida es para ver a *Bob Esponja* o alguna de esas series horribles que hacen para niños. Y las que ve mi hija son casi peores.

Tengo dos hijos, sí. Preciosos. Mira, deja que te enseñe una foto en el teléfono. Ella es Esther, tiene ocho años. Se parece a mí, con los ojos de su padre. A veces, cuando me mira siento como si fuera él quien estuviera juzgándome,

bendita la gracia que me hace eso. ¿A que es guapa? Es la niña más guapa de su clase, y no lo digo porque sea su madre. Claro que, qué voy a decir yo. Objetivamente es guapa, eso es así. Cuando sea adolescente me va a traer por el camino de la amargura, y lo malo es que ahora los niños empiezan con todo bastante antes que nosotros. Bueno, que yo. Te saco diez años, tú tienes veintisiete y yo treinta y siete. ¿Eso significa que somos de generaciones distintas? ¿Llegaste a conocer los *walkman* y los *discman*? Mejor no sigamos por ese camino, que me deprimó todavía más.

Este es Álvaro. Tiene cinco años, pero no dejes que te engañe esa carita de ángel y esos ojos de cachorrito suplicante, ahí donde le ves es un terremoto. Entiéndeme, es muy bueno y educado, pero parece que lleva pilas de las de aquel anuncio, el del conejo que seguía y seguía. Puede que seas demasiado joven para acordarte. Lo que le pasa a Álvaro es que tiene demasiada energía y sobredosis de ideas desafortunadas. Una vez se le ocurrió que sería más divertido saltar desde el tobogán hacia el lado contrario, mientras gritaba: «Mira, mami, vuelo como Superman». Casi me da un infarto, a él tuvieron que ponerle tres puntos en la ceja izquierda, y dimos gracias porque no se rompió una pierna. Otra vez pensó que sería buena idea lavar el coche con un estropajo. Con la parte verde del estropajo. Lo único bueno es que ahora la gente se aparta cuando voy conduciendo. Deben ver las rayas y pensar que voy rozándome con todo lo que pillo. El coche, digo.

Bueno, y que no se nos olvide el día que decidió jugar a los peluqueros mientras yo dormía una siesta en el sofá del salón. Me dejó un trasquilón que me obligó a cortarme el pelo por debajo de las orejas. Cuando me desperté, tenía